

adecuarlos á un fin tan noble y tan grande, les ha dado la gracia, al mismo tiempo que les dió el ser."

Así resume, con su elegante frase, el P. Monsabré, las enseñanzas de la filosofía cristiana, sobre la inteligencia y la voluntad de los ángeles.

Esta es la naturaleza de esas inteligencias, de esas voluntades, que habitan el mundo invisible.

Ya conocemos la esencia de los ángeles y sus facultades.

Debemos ahora estudiar sus relaciones, es decir, la manera con que se ponen en contacto con los otros seres.

El medio de que una inteligencia se comunique con otra, es la palabra, y los ángeles hablan.

La escritura Santa que es el libro en que se contienen las revelaciones que Dios ha hecho al hombre, y que es para los cristianos una palabra infalible, así lo enseña con frase inequívoca.

En la profecía de Isaías se encuentran estas palabras: "*Los serafines hablaban unos con otros.*"

En la de Daniel se registran estas otras: Dijo Gabriel: "*Haz entender esta visión.*"

San Pablo, el inspirado filósofo del cristianismo, para encomiar las excelencias del amor divino, decía que no podría hacerlo dignamente, aunque hablara en la lengua de los hombres y *en la lengua de los ángeles: Si linguis hominum loquar et angelorum.*

La razón humana persuade de que entre los ángeles debe haber un medio de comunicación, que los ponga en relaciones con ellos mismos, con su Creador y con las inteligencias inferiores.

Los ángeles forman necesariamente una sociedad, que intelectualmente se gobierna.

Y es claro que una sociedad y un gobierno no se conciben, sino mediante la palabra.

¿Pero cuál es la palabra de los ángeles? Cómo pueden comunicar sus conceptos, si están destituidos de órgano que sirva para hablar?

En concepto de Santo Tomás, un ángel puede manifestar á otro el concepto que encierra en su mente, cuando se dirija á otro y le manifieste ese concepto.

Esto es lo que se llama hablar, porque hablar, no es más que manifestar á otro el concepto que uno tiene en su entendimiento.

Hablar no es más que remover el obstáculo,

que tienen oculto un pensamiento é impide su manifestación.

Así, en nuestra alma hay dos obstáculos que impiden la manifestación de nuestro pensamiento: el primero es nuestra propia voluntad, manifestamos nuestro pensamiento cuando queremos, cuando no queremos, no lo manifestamos, queda oculto; el segundo obstáculo es nuestro cuerpo, porque, aunque nuestra voluntad resuelva comunicar nuestro pensamiento á otro, no es conocido por él con solo que lo queramos: necesitamos usar de un signo sensible, que es la palabra articulada por medio del órgano de la voz.

El ángel es una sustancia separada del cuerpo: no tiene cuerpo: no tiene, en consecuencia, que vencer el obstáculo que el cuerpo presenta para hacer conocer el concepto del entendimiento.

Le basta, entonces, remover el primer obstáculo: le basta querer comunicarlo, querer dirigir ese concepto á otro, y hacérselo conocer.

“Tienen, pues, los ángeles, como dice el P. Monsabré, una palabra simple como ellos, una palabra que hacen escuchar sin movimiento y sin ruido.”

Hablar para ellos, es manifestarse.

Hablan á Dios, cuya voluntad buscan para obedecerle, cuya perfección contemplan para admirarla.

Hablan entre sí: los ángeles superiores, para mostrar á los inferiores su luminosa esencia, y éstos para pedir á aquellos una luz más intensa.

“Podrían, agrega el P. Monsabré, por un acto de su voluntad, replegarse sobre sí mismos y hacerse impenetrables; pero el santo amor al orden, establece entre ellos una misteriosa atracción más perfecta, que la que encadena á los astros del firmamento, porque del uno al otro, no hay distancia posible.”

Hablan á los hombres, fortaleciendo secretamente su espíritu, persuadiendo á su voluntad, á la que no pueden mover directamente, excitando sus generosas pasiones é hiriendo su imaginación y sus sentidos, por medio de apariciones.

Pudiera, quizá, decirse, que el que habla tiene necesidad de excitar al que le escucha, para que atienda á lo que le habla, y que, siendo esto así, no puede decirse que un ángel habla á otros seres una vez que no hay un medio en los ángeles, como lo hay entre los hombres, que es la palabra, para que uno excite al otro á escuchar.

Santo Tomás, proponiéndose esta dificultad, la resuelve como de costumbre con una frase sobria.

“Así como el sentido, dice, se mueve por lo sensible, así el entendimiento se mueve por lo inteligible.”

Si, pues, el sentido se excita por un signo sensible, como es la palabra, así el entendimiento del ángel tiene que excitarse, para atender, por una virtud inteligible.

Hay, pues, en la palabra simple, como la llama el P. Monsabré, de que usan los ángeles, las condiciones que en nuestro modo de entender se requieren para el habla: es manifestativa del concepto interior y puede con ella excitarse al que escucha, para que entienda lo que se le habla.

Los ángeles se ponen á nuestro alcance, obrando en el lugar y sobre los cuerpos. Obrar en el lugar, es la manera con que ellos están en él.

Si no pueden igualar la inmensidad de Dios, por la inmensidad de su presencia, le imitan por la agilidad de sus movimientos.

“Mirad, agrega el P. Monsabré, á esos pájaros ligeros que hunden los aires, son menos rápidos que los ángeles, menos rápido el sonido que nos traen de lejos las ondas movibles de la atmósfe-

ra, menos rápido el rayo que cae de las nubes, menos rápida la luz que nos envía el sol, con una velocidad de 75,000 leguas por segundo.”

En nuestra alma, es en donde podremos encontrar un punto de comparación.

Sólo el pensamiento puede darnos una idea de la agilidad de los espíritus angélicos.

El pensamiento suprime los medios: instantáneamente, se traslada de uno á otro extremo del mundo: así son los ángeles.

El lugar no puede, ni contener, ni medir su prodigiosa actividad.

Los ángeles ejercen, sobre la materia, su actividad; no del modo soberano que sólo conviene á Dios; pero suplen á las causas interiores, se mueven, separan, reúnen los elementos dispersos, se componen cuerpos sutiles de que se sirvan para aproximarse á nosotros, asistirnos y hacernos escuchar las palabras del cielo.

Son de la misma naturaleza, y sin embargo, no hay en ellos uniformidad.

Son innumerables, forman incontables muchedumbres, pero cada uno constituye no un individuo, sino una especie, en sentir de Santo Tomás.

“Muchos son, dice San Dionisio, los ejércitos

bienaventurados de las inteligencias supremas, y su número excede á la débil y reducida medida de nuestros números materiales.”

Y tiene que ser innumerable, en concepto de Santo Tomás, porque cuanto más perfectos son los seres, en tanto mayor exceso los ha creado la mano divina.

En las cosas corporales, el exceso consiste en la magnitud: en las incorporeales, consiste en el número.

Así vemos que en el universo, los cuerpos incorruptibles, que son los más perfectos entre los cuerpos, exceden incomparablemente en magnitud á los cuerpos corruptibles.

Ningún cuerpo celeste puede compararse, en magnitud, con los cuerpos corruptibles que se encuentran sobre el haz de la tierra.

“Racional es entonces, inferir, dice Santo Tomás, que las sustancias inmatrimales excedan incomparablemente, en número, á las sustancias materiales.”

Cada uno de los ángeles constituye una especie.

Los ángeles, en efecto, no están compuestos de materia y forma: son sustancias inmatrimales y no están destinados á ser la forma de un cuerpo.

Es, entonces, imposible que haya dos ángeles de la misma especie: la materia, en cierta cantidad, es lo que constituye al individuo.

Tal es, al menos, la tesis que sustenta la escuela tomista.

Esta enseña que, en las sustancias materiales, el principio de individualidad y multiplicación dentro de la misma especie es la materia, con ciertas dimensiones, *materia signata*, y que las sustancias inmatrimales completas se individualizan por su entidad específica, no pudiendo multiplicarse por carecer de materia.

La sustancia inmaterial incompleta, agrega la escuela tomista, como es el alma racional, se multiplica dentro de la misma especie, porque no se individualiza por sí, sino en orden á la materia, á la que debe servir de forma: así es que el alma humana se multiplica según el número de los cuerpos que informa.

La escuela de los Jesuitas y de los Escotitas enseña que el principio de individualidad consiste en la misma entidad de la cosa individualizada ó en los principios intrínsecos con los cuales la entidad forma su individuo.

En los principios de esta escuela, posible es que los ángeles, careciendo de materia, puedan multiplicarse dentro de la misma especie.¹

En todo caso, los ángeles deben ser casi infinitos en número y en variedad prodigiosa.

“Pero en esa prodigiosa variedad, añade el P. Monsabré, una gravitación eminente establece, arregla y mantiene la armonía sobre el modelo del ternario sagrado, de donde deriva toda perfección.”

“Las especies se agrupan en los coros, los coros en las jerarquías. Tres veces, tres círculos inateriales rodean la esfera del Supremo inteligible y colman los abismos que los separa de nuestra débil grandeza.”

“Como el mundo visible, el mundo invisible tiene sus reinos: tres jerarquías que distinguen la luz y la acción.”

El P. Monsabré, con esa claridad propia de su inteligencia, revela los diversos grados del conocimiento angélico.

“Imaginad, dice, un ojo que viera todos los colores y sus matices en la luz del sol; otro que no viese los colores compuestos más que en los colo-

¹ Urráburu, Ontolog. Disp. II, cap. 2.

res simples é irreducibles; otro, en fin, que no viese los matices más que viendo cada color determinado de tal manera y en tal composición; he aquí los diversos grados del conocimiento angélico, la primera jerarquía ve las razones eternas de las cosas en la simple luz del ser divino; la segunda, en la luz múltiple de las causas universales; la tercera, en la determinación de esas causas y efectos particulares.”

“En cuanto á la acción: en la cima, los espíritus celestes consideran el fin general de todas las cosas; en el medio, ordenan el movimiento; en lo más bajo, ejecutan.”

He aquí, en frases perceptibles, la enseñanza más profunda sobre la naturaleza de los ángeles, sobre sus facultades y sobre los medios con que se ponen en relación con todos los seres.

—

Las inducciones de la razón nos han llevado hasta las profundidades que habitan los espíritus.

Hemos podido, aunque sea rápidamente bosquejar la naturaleza, las facultades, la ciencia de

los espíritus angélicos, no menos que la manera con que se ponen en relación con los demás seres del universo.

Los ángeles han sido creados en estado de felicidad.

Sin embargo, no recibieron en el primer instante de su creación la perfecta y sobrenatural felicidad á que Dios los destinara.

La bienaventuranza no es otra cosa que la última perfección de la naturaleza racional é intelectual, y de aquí proviene que naturalmente desease esa felicidad, porque todo ser naturalmente desea alcanzar su última perfección.

La última perfección de la naturaleza racional ó intelectual es de dos maneras: una que puede adquirirse con las fuerzas de la misma naturaleza; otra que no puede adquirirse por ese medio, porque es superior á la naturaleza del entendimiento creado.

El ángel, por lo que toca á la primera, que podíamos llamar bienaventuranza natural, fué creado enteramente feliz.

El ángel, en efecto, adquiere la primera felicidad sin movimiento alguno discursivo, como tiene que adquirirla el hombre.

La segunda, como que excede las fuerzas de su naturaleza, y consiste en contemplar á Dios tal como es, no puede adquirirse por las solas fuerzas de la naturaleza.

Dios no debía esta felicidad á ningún ser creado; le bastaba concederles una bienaventuranza adecuada á su naturaleza.

“Llamados los ángeles á contemplar la esencia divina, era necesario, dice el P. Monsabré, que mereciesen este honor, que Dios no debe á ninguna naturaleza creada. Su potencia absoluta podía, es verdad, sacar de la nada una criatura perfecta, consumada en gracia y en gloria en el instante mismo en que se produce el primer acto de su existencia. Pero su sabiduría ha decidido no dejar á su poder libertad tan amplia, porque es más conveniente y más digno que el ser inteligente, sea por cooperación deliberada, el obrero de su propia grandeza y de propia felicidad.”

Los ángeles, pues, han tenido que hacer méritos para alcanzar la felicidad sobrenatural, ó sea la contemplación de la esencia divina.

La bienaventuranza perfecta sólo en Dios es natural, porque para él es una misma cosa, existir y ser dichoso.

En los seres creados, el ser feliz no es una cosa natural, es un fin.

Todo ser llega á su fin por medio de la obra, por medio de su operación: si las fuerzas, para realizar el fin son superiores al fin mismo, como la medicación respecto de la salud, entonces el fin es el resultado ó la consecuencia de la operación: la operación es la que hace el fin, es *factiva finis*, como dice Santo Tomás: si el fin es superior á la operación, de manera que, para conseguir el fin se necesita la ayuda de otro, entonces la obra no es la que hace el fin, sino que es meritoria del fin, según la frase del mismo doctor angélico.

La bienaventuranza para los ángeles era un fin, sus fuerzas no exceden á su fin sobrenatural: la bienaventuranza excede con mucho á la naturaleza angélica y á la naturaleza humana.

Los ángeles, entonces, trabajando por alcanzar su fin último, pudieron hacer obras meritorias, meritorias de la gloria.

Sin embargo de que los ángeles recibieron en su creación el auxilio natural de la gracia, para merecer la bienaventuranza suprema, no todos la alcanzaron.

“Una tempestad repentina, dice el P. Monsabré,

estalló en las puertas mismas de la bienaventuranza eterna.”

“Uno de los más bellos ángeles, Lucifer, enamorado de sí mismo, rechaza los ofrecimientos que Dios le hace: su grito de insurrección, atravesando todas las jerarquías, arrastra tras sí á millares de espíritus celestes. No es su fuerza la que los arrastra, es su belleza la que los encadena.

El profeta de Pathmos nos ha revelado en una frase la revolución causada en el cielo: *factum est*, dice, *praelium magnum in celo*, una gran batalla se ha verificado en el cielo.”

“Nada de armas, dice el Padre Monsabré, nada de ruido, nada de sangre, en esta lucha gigantesca. Una sola palabra decide la suerte de la batalla.”

¿Quién es semejante á Dios? dijo á los rebeldes el ángel Miguel.

Esta palabra fué el rayo que en un instante deshizo la armada de los rebeldes y los precipitó á los abismos eternos.

¿Pero cómo se verificó esta caída de los ángeles?

Isaías, en una de sus raptos, hacía la misma pregunta: ¿cómo has caído del cielo, oh Lucifer,

cuando tú regocijabas con tu esplendor la mañana de la creación, cuando estabas tan lleno de sabiduría y de belleza? ¿Cómo has caído, tú que eras grande y rico, tú, oh querubín, que tenías extendidas tus alas para proteger el trono de Dios? ¿Pues qué, los ángeles, podían pecar?

El ángel, lo mismo que el hombre, considerados en su naturaleza, puede pecar. La ausencia del pecado es obra de la gracia y no de la naturaleza.

Pecar, dice Santo Tomás, no es otra cosa que desviarse de la rectitud que la acción debe tener.

La desviación de la regla es lo que constituye el pecado en las cosas naturales, en las artificiales y en las morales.

Sólo aquel acto, cuya regla es la misma virtud del agente, es el que no puede separarse de la rectitud que debe tener.

“Si la mano del artífice, dice Santo Tomás, fuese ella misma la regla para trazar una línea, ó para cortar un lienzo, jamás el artífice trazaría mal la línea, ni cortaría mal el lienzo.”

Pero no sucede así: quien, sin regla, traza una línea, está expuesto á desviarse de la dirección: quien sin regla, corta un lienzo, está siempre en peligro de desviar el corte.

La regla, pues, está separada del agente, tratándose de los seres creados.

Sólo en Dios no hay ese peligro: su voluntad, que es la que obra, es, al mismo tiempo, la regla que dirige la obra: sólo Dios tiene, por su naturaleza, rectitud en todas sus operaciones: la regla y el agente están identificados.

No sucede así en las creaturas: su voluntad tiene por regla la voluntad divina.

“La voluntad creada, tiene que regularse por la voluntad divina, como la voluntad de un ejército, dice Santo Tomás, tiene que regularse por la voluntad de su jefe.”

En consecuencia, sólo en la voluntad divina, es imposible el pecado: en la voluntad creada, según el orden de su naturaleza, es posible el pecado.

Los ángeles podían pecar, pero ¿de qué manera pudieron caer en pecado?

No podían caer en pecado, por error ó por ignorancia, porque fueron creados en sabiduría; no podían caer en pecado, por pasión, porque eran espíritus purísimos; no podían caer en pecado, por hábito depravado, porque antes del pecado no precedieron actos malos, de los cuales pudiera re-

sultar un hábito; no pudieron caer en pecado, por su naturaleza, porque fueron creados en estado de perfección.

Esta dificultad es gravísima, y apenas soluble, en sentir de los teólogos.

Puede, sin embargo, decirse que el ángel pecó por error ó por ignorancia, no en la acepción especial y estricta de estas palabras, sino en su acepción genérica.

Hay error propiamente dicho, cuando se asiente á una cosa falsa, juzgándola verdadera.

Hay error, generalmente dicho, cuando no hay consideración actual, cuando no se atiende ni se considera prácticamente, al obrar, lo que debía atenderse y considerarse.

El ángel no podía errar, juzgando como bueno, lo que no lo era.

Podía errar, no considerando el bien superior, al que debía referirse su propio bien.

El entendimiento angélico propuso á la voluntad su propia excelencia como buena y digna de ser amada: en esto no había error.

Mas no lo propuso como podía y debía, como digna de ser amada con sujeción á la regla divina y con orden á Dios, como autor y fin subnatural

En esto hubo defecto actual de consideración práctica, é ignorancia ó error que se llama de mala elección.

Cuando el ángel amó esta excelencia, así propuesta, sin sujeción y orden á Dios, como fin sobrenatural, pecó sin duda.

“De dos maneras, dice Santo Tomás, puede haber pecado en un acto del libre arbitrio.”

“De una manera, cuando el hombre elige algo que es malo por sí, como peca el hombre, cometiendo un adulterio.”

“Tal pecado procede siempre de error ó de ignorancia: de otro modo no cometería ese pecado, porque el hombre nunca busca lo malo como malo.”

“Yerra, pues, el adúltero en particular, eligiendo este deleite de un acto desordenado, como un bien que como tal le presentan la inclinación de las pasiones, ó el hábito, aunque en general no yerre, sino que tenga sobre esta materia un juicio cierto.”

“De este modo no pudo pecar el ángel, porque ni tenía pasiones que ofuscaran su entendimiento, ni al primer pecado pudo preceder un hábito que inclinara al pecado.”

“De otro modo se peca eligiendo algo que es por sí bueno, pero no con el orden debido, como si alguno elige orar, que es por sí bueno, pero sin atender al orden establecido por la Iglesia.”

“Este pecado no supone ignorancia, sino ausencia de aquellas cosas que debían considerarse.

“De este modo pecó el ángel, convirtiéndose, por su libre voluntad, á su propio bien, sin orden á la regla de la voluntad divina.”

Y el ángel pecó: si nuestra naturaleza mixta no nos permite darnos cuenta exacta y perfecta de los actos de los ángeles, la palabra divina nos afirma la existencia del pecado que cometieron.

“En sus ángeles, decía Job, *encontró depravación.*”

“Dios no perdonó, decía San Pedro, á los ángeles que *pecaron.*”

“Apartaos de mí, malditos, dirá el justo Juez en el último día de los tiempos, según enseña San Mateo, *al fuego eterno* que está preparado *para el diablo y sus ángeles.*”

“El que peca, dice San Juan, es del diablo, porque el diablo *peca* desde el principio.”

Pecó el ángel, como pecan los espíritus.

Los bienes groseros que lisonjean nuestros sentidos no podían ejercer atractivo en él.

En el orgullo encontró su perdición.

El orgullo es la fuente de toda iniquidad: *initium omnis peccati superbia.*

“Subiré y seré semejante al Altísimo,” dijo el ángel.

¿Pensó de veras que podía igualar á la majestad infinita?

Evidentemente no; sabía muy bien que un ser finito, aunque eternamente creciera, jamás podría igualar al Infinito.

“Pero, protestando maliciosamente, dice el P. Monsabré, contra el orden establecido, ha comenzado la innumerable y larga línea de estos orgullosos naturalistas que repudian sus destinos naturales y lo aguardan todo del desenvolvimiento de su naturaleza, ó que desean aspirar á la felicidad suprema de ver á Dios, sin contar más que con sus propias fuerzas.”

En una palabra, Lucifer ha querido encontrar en sí mismo su felicidad, lo que sólo es propio de Dios: este fué su pecado.